

Jorge NADAL: *La población española (siglos XVI a XX)*. Barcelona, Ediciones Ariel, 1966. 123 pp.

Jorge Nadal, profesor de economía en la Universidad de Barcelona, llena de manera precisa y lúcida el vacío que existe en nuestros países hispánicos en los estudios de esta índole. Este pequeño libro, que sirvió de "Apéndice" a la edición española de la *Historia de la población mundial*, de M. Reinhard y A. Armengaud (Barcelona, Ariel, 1966) es el primer trabajo sobre la población de la España moderna que pone cifras y estadísticas al servicio de un complejo estudio interpretativo de cuatro siglos de historia demográfica y económica.

Si el análisis adolece de defectos no lo es tanto por el rigor y método empleados cuanto por la evidente deficiencia de datos con los que cuenta todo investigador preocupado por los problemas de España. Una vez más constatamos el dramático desequilibrio regional que existe en el acceso a las fuentes historiográficas. Mientras en Cataluña es posible realizar estudios documentados de primera mano debido al interés de los estudiosos y a la organización de los archivos regionales, el resto de la historia peninsular sigue enterrada en otros poco o nada explorados cuando no perdida para siempre por destrucción y descuido. Hasta que no exista un nutrido grupo de monografías locales y regionales "el riesgo, muy difícil de evitar, será el de confundir la parte con el todo" (p. 12); a pesar de esto, y aunque el estudio de Nadal se apoye principalmente en fuentes catalanas, nos da una visión global de las tendencias demográficas modernas de toda España.

El autor señala dos tipos generales de ciclos demográficos: el primero desde la Baja Edad Media hasta el siglo XVIII en el que hay una franca tendencia al estancamiento, consecuencia de los estragos causados por las epidemias periódicas. Con el siglo XVIII la tendencia es positiva debido a la desaparición de la peste bubónica y pulmonar del panorama europeo y aunque otras epidemias las sustituyan, la pérdida en vidas humanas es inferior a la de la época precedente. "El plus de nacimientos sobrevivirá, en mayor o menor proporción, a las nuevas crisis epidémicas" (p. 14) y el siglo XVIII iniciará el ciclo moderno de población.

España, aunque no coincide cronológicamente con el modelo de los países más adelantados, no permanece al margen de estos cambios. Entre los ritmos extremos de la península y el resto de Europa, Nadal introduce un modelo intermedio —el catalán— que permitirá comprender mejor el desarrollo interno debido a

las diferencias de las políticas económicas y demográficas de los reinos de Castilla y Aragón.

El siglo xvi es un interminable rosario de epidemias y muertes. El déficit humano no se podrá reponer y "la despoblación" comenzará a hacer mella en la economía y en el ritmo demográfico: "Un hortelano de Castilla que cobraba 3 470 maravedíes en 1599, percibe 9 000 en 1603" (p. 55). A esta situación negativa se añade la expulsión de los moriscos. En un par de años (1609-1611) el total de expulsados es de 272 140, que afectaron sobre todo al reino de Valencia (donde sumaban el 26.1% de la población) y al de Aragón (15.2%). En Castilla, donde el total expulsado es apenas un 1.3%, la crisis más aguda se debe, en cambio, a la emigración de América, que le hace perder una gran parte de su población masculina activa (entre 15 y 50 años): "la emigración a América causó, durante la época de los Austrias, una herida decisiva, y no sólo una herida más entre otras, al potencial demográfico castellano" (p. 78). Las medidas tomadas frente a estas crisis señalan la clara línea divisoria entre la política castellana y la aragonesa, que sufre una "compensación demográfica" gracias a una intensa corriente inmigratoria francesa que llena rápidamente los huecos dejados por los moriscos e incluso las brechas causadas por las epidemias". Castilla, en cambio, no soluciona estos problemas sino que añade otros de tipo económico y político (pp. 89-90) que hacen poco atractiva la repoblación. Aunque se enfrenten a idénticas dificultades, Aragón y Castilla están marcados en estos dos siglos por un desarrollo demográfico contrario, cuyos orígenes se deben buscar en todo un complejo de factores (y sobre esto puede verse de P. Vilar: *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*. Barcelona, 1964).

A la política borbónica de repoblación, que fomenta y protege los matrimonios y las familias, se suman medidas profilácticas contra las epidemias; junto a la recuperación económica éstas inician un cambio esencial en el siglo xviii. La tendencia positiva sufre un rudo golpe a partir de la revolución francesa; las epidemias y hambres del tiempo de Carlos iv se unen a los efectos de las guerras contra Francia e Inglaterra. El siglo xix no trae mejores augurios; a las pérdidas durante las guerras de Independencia hay que añadir las víctimas de las guerras carlistas. A partir de 1830, el cólera causa también numerosas muertes. En la segunda mitad del siglo las crisis de subsistencia que "siguen representando, en España, un plus de defunciones y un déficit de matrimonios, esto es, de nacimientos", se suman a las bajas bélicas y epidémicas. Las grandes carestías anuncian períodos de hambres y de adversión demográfica (p. 144).

Hacia 1855 se abre el gran ciclo migratorio. Ante las graves amenazas de hambre el gobierno permite una nueva sangría en una población que para huir de la miseria recurre al éxodo voluntario (p. 152). La corriente emigratoria en dirección a América —especialmente Argentina y Brasil— determina el caudal más poderoso. Entre 1857 y 1915, la Argentina recibe 1 497 741 españoles, y aunque la emigración brasileña es menor y tardía, hacia 1920 hay en ese país cerca de 300 000 españoles (p. 157 ss.). Entre 1882 y 1914 el país pierde más de un millón de habitantes, es decir, una tercera parte del incremento nacional.

Con la primera post-guerra europea se produce en todos los países beligerantes un gran aumento en la demanda de las fuerzas de producción. España, país netural que no sufrió pérdidas humanas, se apresura a facilitar su propio excedente de jornaleros agrícolas, desplazados por la situación precaria del campo. América queda rezagada a segundo término mientras que Francia se convierte en la tierra de promisión del proletariado español. El proceso de urbanización nacional con su ritmo intenso contribuye también a destruir el ya precario equilibrio entre la población urbana y rural. El desplazamiento de grandes masas no puede menos que afectar la dinámica natural de la población: en la ciudad “se nace menos y se muere menos” (p. 170 ss.).

El siglo xx lleva al país a una nueva etapa demográfica, con una pirámide de edades reducida por la base y ancha en la cima. La disminución drástica de las tasas de mortalidad por las medidas profilácticas modernas y la mejora en la alimentación, no compensan en el segundo tercio del siglo el déficit demográfico creado por una situación política adversa. En la Guerra Civil las muertes alcanzan el cuarto del millón (según cifras españolas de 1942), pero los resultados catastróficos no se manifiestan sólo en el número de muertos sino en las consecuencias de la lucha: “las curvas de natalidad y de fecundidad durante 1930-1950 reflejan cabalmente uno de los ápices de la crisis moral y material que desgarró a la España contemporánea” (p. 187). A esto habría que añadir otros factores negativos de orden económico, ya que el país emergió de la guerra no sólo des poblado sino desmantelado técnica y económicamente. En este contexto hubiera sido conveniente señalar el papel muy especial que jugó la emigración de la Guerra. Afirmar, como hace Nadal, que las consecuencias más graves han sido las repercusiones en las tasas de natalidad y fertilidad de los años subsiguientes (p. 217) es reducir el problema a términos excesivamente sim-

ples. Baste recordar que esta emigración, a diferencia de las anteriores, no sólo está íntimamente relacionada con una curva demográfica y a una adversa situación política, sino también a un decisivo factor económico. España sufrió la pérdida brutal de elementos altamente cualificados: intelectuales, profesionales, técnicos y obreros especializados que formaron el grueso del contingente desterrado. Este déficit se traduce no sólo en las cifras brutas sino en profundos e irreparables desequilibrios de los cuadros más activos de la producción nacional. Por su carácter de *élite* emigratoria, los daños únicamente pueden ser comparables con los estragos causados en los siglos *xvi* y *xvii* por la expulsión de los judíos y moriscos españoles; pero ahora no hay una inmigración francesa que llene los huecos, y la sustitución de estos cuadros implica un proceso lento y costoso que sigue todavía sin realizarse. (Véase V. Lloréns: "Entre España y América, la emigración republicana de 1939", *Nuevo Mundo*, junio 1967).

A partir de 1939 el nuevo Estado totalitario se impone la tarea de engrandecer a España con la meta poblacionista de 40 millones de habitantes, decretando una política natalista y restrictiva en la emigración. Hacia 1956-1960 el índice de nacimientos continúa recesivo y una nueva crisis económica inicia otro éxodo de mano de obra a los demás países europeos. Si a estos factores agregamos una reducción de la generación joven (fácilmente imputable a la guerra y post-guerra civiles), obtenemos una nueva fase demográfica en la cual la pirámide de población ha perdido la característica base ancha, para aumentar en las secciones intermedias: "el censo de 1950 refleja una marcha bastante rápida por el camino del envejecimiento" (p. 203).

La tendencia actual permite concluir fácilmente que España sigue siendo un país sub-poblado con pocas posibilidades inmediatas de cambio. El "moderno" ciclo demográfico inaugurado en el siglo *xviii*, que produjo junto con la disminución de la mortalidad catastrófica un drástico descenso en el crecimiento, la coloca entre los países de más baja densidad de población en Europa. El futuro no se puede vaticinar sino de un modo muy superficial y precario; sí se puede señalar, sin embargo, que a menos que las condiciones políticas y las estructuras económicas se alteren de una manera francamente radical, España seguirá condenada a ser un país sin españoles.

Clara E. LIDA  
Universidad de Princeton.